



Vázquez, María Celia
Victoria Ocampo, cronista outsider
 Rosario
 Beatriz Viterbo y Fundación Sur
 2019
 268 páginas

Victoria Ocampo: amigos y enemigos

Mariela Blanco¹

Aunque aún no se haya escrito un tratado sobre el tema (que yo sepa), podríamos acordar en que hay varios tipos de libros de crítica. Y así como para hablar de cualquier género discursivo la tipología importa menos que la posibilidad de su concreción individual, hay que reconocer que antes de seleccionar nuestras lecturas, la tipología del libro prefigura las habilidades lectoras a poner en juego. De tal modo, así como los grandes autores saben hacer uso y deshacer, cuando lo consideran oportuno, las convenciones genéricas de la ficción, los críticos también enfrentan muchas opciones a la hora de realizar un libro. Elijo un verbo poco frecuente como “realizar”, que excede la

idea de escritura, para dar cuenta precisamente de la complejidad del proceso, en el que –como decía- se abre un abanico de posibilidades en relación con la composición del volumen. Así, solemos encontrarnos con dos tipos de libros: 1. aquellos que se desprenden de una monografía (tesis, proyectos, etc.) que se caracterizan por cierta homogeneidad temática y metodológica; 2. los que son producto de una compilación de artículos que luego se reúnen y a los que se les busca una etiqueta unificadora. Ante este abanico un tanto limitado de posibilidades tan dominante en el ámbito académico, resulta grato comprobar que este libro de María Celia Vázquez dedicado a analizar la figura de Victoria Ocampo trasgrede

¹ Investigadora independiente del CONICET y docente del área de Literatura argentina en la UNMdP. Desarrolla sus investigaciones en el

CELEHIS y dirige el grupo de investigación “Escritura e invención”. Contacto: marielacblanco@yahoo.com.ar

estas categorías. Y si hay una idea rectora en el inicio del proyecto –seguramente la hubo– no se nota. Lo cual, los lectores de libros y no solo de “resultados” de proyectos de investigación, seguramente, agradecerán. Pido disculpas entonces por el detallismo de la explicación que podría resumirse diciendo que nos encontramos frente a un ensayo riguroso sobre Victoria Ocampo. Pero el rodeo se justifica porque hay algo más que quiero subrayar que excede los rasgos de uno de los géneros precisamente más difíciles de caracterizar, como son los ritmos y el tono de la indagación que la autora despliega en estas páginas, en sintonía con la coherencia de la estructura, que no ahoga cierta libertad para circular por temas y perspectivas diversos.

La pregunta de la introducción de este libro da cuenta de esta inquietud: “¿Cuándo se empieza a escribir un libro?” Más allá del relato que la autora comparte de su trayecto, me gusta enlazar este interrogante con lo anterior para destacar que se trata de un libro elaborado durante muchos años, por la conjunción de aplomo y ligereza que caracteriza su prosa.

Si bien el índice expone una estructura bien balanceada y con entradas claramente delimitadas, uno de los méritos del libro es la unidad que le otorga la indagación constante sobre la figura de Victoria Ocampo como escritora, a partir de la autfiguración, pero también de la mirada de los demás. De ahí la importancia de los amigos y enemigos que también la definen. Para abrir el juego en torno a los devaneos de Victoria sobre su rol como escritora, Vázquez propone:

Si Victoria Ocampo se niega a considerarse a sí misma escritora y tampoco quiere asumirse como

periodista, entonces ¿qué fue? Pensando en las diez series, que, entre 1935 y 1977, publicó bajo el denominador común de testimonios, sin duda, fue escritora y periodista; cronista podría decir más sintéticamente (9).

Y ésta es la denominación que elige precisamente para el título del libro. El objeto de la indagación –como decía antes– no surge como una hipótesis a demostrar, sino más bien como una invitación a indagar la figura de la autora a partir de sus intervenciones en los debates públicos. Dos aportes emergen de esta perspectiva: 1. La apertura de un nuevo campo de estudio que es pasible de ser profundizado, como es el vínculo de Victoria Ocampo con los medios de comunicación; en efecto, Vázquez se encarga de subrayar que si bien ella se centra en el estudio de los *Testimonios* como volúmenes, esas intervenciones que los componen habían sido publicadas antes, en su mayoría, en medios masivos de comunicación; 2. La profundización de los estudios sobre los debates de la época, debido al rol protagónico de Victoria como agente cultural durante todos los años en que se desempeñó como mentora y directora de la revista *Sur* (1931-1979).

Vázquez explicita su intención de estudiar el rol como periodista de Victoria Ocampo. No obstante, y aunque reconoce que esta mirada no oblitera la omnipresente dimensión autobiográfica de sus textos, no llega a delimitar la esfera literaria de la periodística con precisión. Es este un problema que emana del campo en tanto aún son relativamente nuevas las miradas que abordan el periodismo como práctica literaria, es decir, dejando de lado la concepción tan arraigada en el siglo XX que relega al periodismo al espacio de lo

menor en relación con la excelsa literatura, tensión que se advierte paradigmáticamente en los diarios de Rodolfo Walsh. Dice Vázquez: “Ocampo cae, como quien desemboca, en esos géneros anfibios que se mueven entre la literatura y el periodismo porque son ellos los que, junto a los autobiográficos, componen el universo del discurso que encuentra disponible” (11). Luego, acierta al delinear el viejo vínculo entre escritores y medios de comunicación tan característica de nuestro continente, de la mano de la profesionalización del escritor y la consabida autonomía literaria. Otro hallazgo radica en la caracterización de las crónicas “outsider” tanto por el lugar de enunciación como por la construcción de la mirada singular que Ocampo vuelca en esos textos.

El propósito de extender la mirada más allá de la dimensión autobiográfica resulta en un fino análisis de la dimensión pública de los *Testimonios* de Victoria Ocampo. En este sentido, se destaca el recorte de las líneas de discusión más candentes del período que la autora selecciona, 1930-1960, coincidente –en un tramo destacado– con los sucesos de la Segunda Guerra Mundial. Entre las tensiones con mayor impacto en Argentina, sobresale el enfrentamiento entre nacionalismo y cosmopolitismo que ocupó a la mayor parte de los intelectuales desde la vanguardia hasta bien entrados los 70. Los virulentos ataques que sufrió la figura de esta escritora la sitúan como una de las protagonistas de esta larga reyerta. Precisamente en esta discusión se centra la primera parte del libro de Vázquez, a la que da en llamar “Espacios”. El análisis de esta sección se distingue por su agudeza a la hora de percibir los dos frentes sobre los que se vuelca la escritura de Ocampo: por un lado, como estrategia defensiva contra

las continuas acusaciones por su cosmopolitismo; por el otro, para reforzar su posición frente a la mirada de sus colegas extranjeros que tendían a rebajar su posición desde una perspectiva signada por el “exotismo” (Vázquez: 45).

El primer capítulo, “El paisaje nacional en los testimonios del treinta”, analiza sus intervenciones en esta década, destacada por el predominio de lo que se ha acordado en caratular como ensayo de interpretación nacional. Vázquez se detiene aquí en el diálogo que Ocampo entabla con las voces de los renombrados extranjeros que ella misma se encargara de invitar al país y que luego dedicaran sus reflexiones a caracterizar nuestra idiosincrasia, fenómeno que tanta polémica generaría entre los escritores argentinos, entre los que se destaca Borges. En esta línea, resulta interesante señalar que esta tensión será retomada sobre el final del libro, cuando se abordan los constantes cuestionamientos del autor de *Ficciones* a Victoria por su veneración hacia estos “viajeros ilustres”. En la lista de estas voces foráneas, Vázquez menciona a Waldo Frank, Hermann Graf von Keyserling y José Ortega y Gasset.

Respecto de la respuesta de la mayor de las Ocampo hacia las miradas desconcertadas de los escritores europeos, Vázquez selecciona la interacción con Virginia Woolf y con Paul Valéry. Su fina lectura de las estrategias discursivas de la directora de *Sur* contribuye a develar el uso de la ironía que en esas interacciones, con lo cual demuestra que esas relaciones estuvieron atravesadas por sentimientos que exceden el mero plano de la veneración incondicional.

Los capítulos 3 y 4, que abren la sección “Litigios”, se detienen en el período peronista y su enfrentamiento con la *intelligentsia* liberal, dentro de la que

suele atribuirse a Ocampo un lugar de liderazgo. Los aportes más originales en este tramo del trayecto surgen como producto del análisis discursivo detallado de los ataques del nacionalismo populista, representado por Ramos, Hernández Arregui y Jauretche, así como de mantener la línea general de lectura del libro, es decir, el enfoque de los textos como medio de intervención en el ámbito público. De este modo, los testimonios tantas veces mentados de Ocampo sobre sus días de cárcel durante el peronismo, adquieren otro cariz a la luz de una perspectiva más general que contribuye enormemente a los estudios del campo cultural en este período.

Otra modulación se observa a partir de las discusiones analizadas con los “amigos”, es decir, las abordadas en los dos siguientes capítulos, en donde los antagonistas son escritores cercanos a Victoria. Tal es el caso de Jorge Luis Borges y de Waldo Frank. En este caso, apelando al utillaje teórico de Derridá y Angenot, Vázquez afila la punta y ofrece un análisis retórico ejemplar de este tipo de escrituras tan dialógicas.

La tercera sección del libro, “Duelos”, focaliza en dos obituarios: uno, el de su amiga feminista María de Maeztu; el otro, el adiós de Victoria a Drieu La Rochelle, al que despide luego de una relación signada por los vaivenes afectivos, en donde también se advierte la fuerte imbricación entre lo personal y lo público que signa la escritura de Ocampo.

Si tal como propone Piglia a propósito de la obra de Saer, “[l]a literatura antes que nada es una red de amigos. Habría que hacer una clasificación del estilo de esas relaciones” (XVIII), la amistad podría ser una categoría para analizar la literatura argentina. Este libro bien podría inscribirse en esa fructífera

línea crítica. En efecto, el análisis de los *Testimonios* de Victoria Ocampo, a través de los ojos de María Celia Vázquez, revela el sutil vínculo entre discurso y amistad que hace hincapié en las tensiones más viscerales de nuestra historia. Tal es el caso del análisis de las internas en torno de la promulgación del voto femenino, abordadas en el capítulo 7, que constituye uno de los jalones más importantes de la historia argentina, cuya energía arrolladora impacta hasta el día de hoy.

Bibliografía

Walsh, Rodolfo (1996). *Ese hombre y otros escritos personales*. Daniel Link (ed.). Argentina: Seix Barral.

Piglia, Ricardo (2010). “La amistad en Saer”. En: Saer, Juan José. *Glosa. El entenado*. Premat, Julio (coordinador). Poitiers/Córdoba: Alción. VII-X.